

Germán Gullón, *El sexto sentido. La lectura en la era digital*. Vigo: Academia del Hispánico, 2010.

Ya en 1899, Miguel de Unamuno, en el brillante artículo «La cátedra y el libro»¹, respondía a los problemas culturales y de aprendizaje del momento adoptando una postura, podríamos decir, moderna y avanzada, a la vez que polémica: «O la Universidad cambia o tiene que morir muerta por el libro». Se refería el bilbaíno a la comprensible predilección de los estudiantes por vaciar las aulas y aprender por su cuenta, pues los libros presentaban ya una exposición infinitamente mejor de las cuestiones del mundo que los discursos soporíferos, repetitivos y pésimamente expuestos que se impartían desde las cátedras. Animaba así, desde su columna en *Las Noticias de Barcelona*, a renovar y a convertir un panorama universitario arraigado y marchito, «o caerá como costra sucia y vieja, después de que se haya cicatrizado la herida a la que protegía».

Me remito a esta cita unamuniana del mismo modo que Germán Gullón, autor del presente libro, opta por otra de Federico García Lorca al introducir la «Segunda parte»: «Ningún hombre verdadero cree ya en esta zarandaja del arte puro, arte por arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar o reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan azucenas». O la que le sigue, de Javier Gomá Lanzón: «El verdadero arte, a lo largo de los diferentes periodos históricos, nunca ha dejado de servir al progreso moral del hombre». Todas –como tantísimas otras que pueblan los discursos de regeneracionistas, progresistas o, simplemente, de personalidades de todos los ámbitos artísticos y culturales en el transcurrir del tiempo, que han entendido que sin cambios no hay progreso–, todas, como decía, defienden el mismo concepto de adaptación y responden a una serie de planteamientos inevitables, forzosamente planteados en cada época, pues vivimos constantemente en la inercia del progreso y somos evolución continua e imparable.

Se plantean hoy, de igual manera, las mismas cuestiones, se genera el mismo debate, solo que actualizado a la era de las nuevas tecnologías. El autor apela en *El sexto sentido* al perpetuo asunto y apuesta en similar dirección en que, más de un siglo antes, lo hacía el reconocido escritor: «reanudar el diálogo intergeneracional» perdido entre el dogmatismo y la corta relevancia humana en que se ancla la docencia y la educación de nuestro tiempo, que resulta «en demasiadas ocasiones de dudosa calidad y mezcla lo superficial con lo importante, y lo que aún es peor, obstaculiza el desarrollo del pensar analítico que fomenta la creatividad».

Y es que ahora, con el avance de las telecomunicaciones, no es el libro el que mata a la universidad, como advertía Unamuno, sino la digitalización la que está matando al libro tradicional. Y ante esta realidad (pues ya es un hecho y no una advertencia del porvenir), no valen las lamentaciones, las reticencias o las posturas recalitrantes, sino la reacción y el autoanálisis seguidos de la acción. En algún punto reside el error para que las artes (la literatura como arte) se vean inmersas en un descenso y una devaluación sin parada. En caída libre. Para que las lecturas sociales se concentren, en su mayoría, en las modas de los misterios de la novela negra y de entretenimiento, de argumentos descomplicados y simplistas. Para que se decida ir, por lo general, a lo fácil, lo corto, lo instantáneo y lo cómodo.

El primer paso radica en comprender que la reflexión premeditada y lenta que caracterizaba hasta el final del s. xx tanto el proceso creativo como el de lectura, se ha sustituido (salvo puntuales excepciones) por la cultura del instante: la multimediática. Hay que saber moverse, como consecuencia de esta realidad, al compás de los tiempos y viajar de la mano de la inmediatez y las herramientas que la promueven, de lo visual (la imagen) y lo sensorial en términos genera-

¹ Miguel de Unamuno, «La cátedra y el libro», en Adolfo Sotelo Vázquez, *Miguel de Unamuno, artículos en Las Noticias de Barcelona (1899-1902)*, Barcelona, Lumen, 1993, p.154.

les, que son los valores socialmente venerados en la actualidad, si se quiere llegar a ella. Desde luego, ante una cultura, que aunque nueva, se presenta con tanta potencia y envergadura, no se deja lugar a los empeñados en seguir los protocolos del dogmatismo tradicional (académico o social), ya sean críticos, autores, profesores o quien pretenda llegar a la gran masa a través del arte o la escritura.

Los conceptos y el nuevo estilo de aprendizaje y de valores que promueve esta nueva cultura del XXI no pueden considerarse ni más ni menos serias o eficientes que lo anterior: es esta una postura reaccionaria y rancia que se levanta en vano sin otra respuesta que el autoaislamiento social. Se utilizan nuevas herramientas, sí, pero no por ello peores. Como admite el autor del libro, «cuesta acostumbrarse a la idea de que el mundo representado en un texto digital, con palabra, imagen y sonido, ofrece una riqueza distinta a la del libro impreso». Ciertamente; diferente no significa inferior o menos válido.

Luchar desde cualquier punto o postura, academicista o no, en contra de este fenómeno de masas es vararse en el pasado y resistirse a una evolución natural, presente en todos los ámbitos y en todos los tiempos. Basta de alarmismos estériles y fósiles: el contenido del libro no desaparece, se transforma. Se muta. «El temor a que el libro de calidad artística pierda su preeminencia en el universo estético y del saber humano carece de fundamento», leemos en el «Prólogo». El problema es otro: el desinterés de las nuevas generaciones por lo artístico o lo humanístico se alimenta precisamente de estos temores. O dicho de otra forma, el canal de transmisión se rompe porque los encargados de presentarles el arte no andan a su mismo paso, no hablan su mismo lenguaje. El desinterés y el vacío son lógicos: «hacen los estudiantes perfectísimamente bien en tomarse vacaciones», advertía ya entonces el vascuence en otro artículo².

En lo estrictamente literario, la cuestión resulta tener un plus de complejidad, ya que la principal herramienta de trabajo, como es lógico, han sido siempre los libros impresos. Ahora esto ha empezado a cambiar; en páginas como *Google books* o *cervantesvirtual*, por citar dos ejemplos serios, podemos encontrar libros (desde clásicos de la literatura a ensayos u obras actuales) digitalizados, de manera que ya no nos hace falta recurrir (o recurrir tanto) a bibliotecas, librerías, hemerotecas, etc. Estos destinos se convierten en refuerzos, en complementos... En opciones. Es, como decíamos antes, la ley de la inmediatez. O, visto desde la otra cara de la moneda, la ley de la comodidad.

Sin embargo, tomando como punto de partida los numerosos informes y estudios estadísticos, publicados como reacción natural al alarmismo general, acerca de las opciones de lectura de los españoles, cabría distinguir (sin herir sensibilidades, sin ningún afán desdeñoso ni clasista en el peor sentido del término) entre literatura y narrativa de entretenimiento, que resulta ser la que se lleva casi la totalidad de los lectores. Las cifras avalan que el lector de ensayo literario, o científico, o filosófico, o el que elige «alta literatura», se queda en un minoritarismo casi simbólico (esto es, tan sólo, medio millón de personas frente a los 13 millones que leen para entretenerse y a los 23 millones que no leen). La oposición a la que antes me refería responde, por lo tanto, una realidad recogida en cifras, en la que el género narrativo, antes recluso al esteticismo y a la minorías intelectuales, ha sabido encontrar una salida óptima para vencer a las amenazas de extinción; se ha adaptado a los nuevos tiempos y ha conseguido así mantenerse en auge, a pesar de que muchos (de esos pocos, de esos círculos minoritarios) la acusen de desprestigiarse o prostituirse en pos del beneficio económico editorial. Pero lo cierto es, como afirma con tino el autor del *El sexto sentido*, que «los académicos importan poco a los editores comerciales; los profesores recomendamos lecturas minoritarias y los editores buscan ventas masivas». Es decir, se ha sabido encontrar la fórmula de su supervivencia. Esto no significa que el sector

¹ *Ibíd.*, p.195 (artículo «Castigo natural», diciembre de 1899).

académico o universitario deba optar por lo mismo: rebajar el nivel de sus propuestas, dejar de proponer las lecturas de los clásicos o de los que cultivan la prosa superior. Significa que, sencillamente, caminamos hacia horizontes distintos, pero no por ello mejor o peor considerados, ni tampoco se justifica así el mantenernos encerrados en la infranqueable «torre de marfil» en la que nos encontramos unos pocos reclusos, idolatrando nuestros círculos herméticos, sin dejar pasar el aire³. Debemos oxigenarnos abriendo la accesibilidad al entendimiento de estas obras desde una docencia abierta a los tiempos, porque es la única vía para educar el buen gusto de los que se muestran abiertos a aprenderlo. Quizá así no sería tan justificable o, cuando menos, comprensible (ya se lo parecía a Unamuno inaugurándose el s. xx) el hecho de que los jóvenes lean tan poco (universitarios o no), o que les parezca soporífero el estudio literario, en gran parte a causa de los arcaicos métodos utilizados para que se familiaricen con él: «cuando la historia es digna de interés engancha y despierta la curiosidad de la audiencia. Las buenas historias se venden bien», apunta el autor. Es innecesario matizar que las que enseñamos los docentes universitarios lo son infinitamente más que otras que, paradójicamente, son las que despiertan, con una mayoría abrumadora y vergonzante, hoy día, ese interés. Vuelvo a invitar a la autocritica: algo falla en la desafiante senda de la transmisión.

Esta sería la síntesis de las «soluciones positivas» que nos ofrece Gullón en la parte final del libro, fundamentadas principalmente sobre el gran reto de acercar la cultura a la sociedad para no ensanchar más la actual brecha y las fisuras existentes entre tradición/modernidad, o entre la «alfabético-gutemberiana y la eléctrica⁴», o la academicista-universitaria y la social, binomios que resultan responder a lo mismo.

La distinción entre literatura y literatura de entretenimiento no significa (no debe significar para el sector minoritario) condenar el derecho a la vida de la literatura comercial, una postura demasiadas veces insinuada con displicencia. Este tipo de posicionamientos no sólo imposibilitan la convivencia posible y pacífica entre ambas, sino que potencia el hecho de ver al «otro» como a un extraño perteneciente a un mundo, o bien inhóspito, extravagante y elitista, o bien mundano y banal. Pero además esta controversia cada vez más acentuada permite abrir otro paréntesis a debatir, como bien indica el autor: las barreras resultan ser siempre una realidad difusa e imprecisa, y la que separa el mundo de literaturas minoritarias y el de la literatura de *best sellers* también responde a una arbitrariedad, cuyo juez debe ser el buen lector. Pero ¿quién es el buen lector? Otra arbitrariedad. Germán Gullón responde bien a esta cuestión siguiendo el juicio defendido en el libro: «El buen lector, el juez apto, será quien sepa conformar un punto de vista en consonancia con las circunstancias cambiantes».

Desde luego que en esta nueva era digital el teorema absoluto que vincula la calidad literaria con el papel deja de tener sentido. Pero cuidado, el dejar de tenerlo no provoca la amputación del placer de oler, tocar, abrir y manosear un libro. Ese ritual al que Ítalo Calvino rendía sentido tributo con suntuoso detalle en las primeras páginas de *Si esta noche de invierno un viajero*: «Es un placer especial el que te proporciona el libro recién publicado, no es sólo un libro lo que llevas contigo sino su novedad [...]. Le das vueltas al libro entre las manos, recorres las frases de la contraportada, de la solapa [...]. Aunque admite a continuación: «Cierto que también ese girar en torno al libro, leerlo alrededor antes de leerlo por dentro, forma parte del leer del libro nuevo pero, como todos los placeres preliminares, tiene una duración óptima si se quiere que sirva para empujar hacia el placer más consistente de la consumación del acto, esto es, de

³ Véase Germán Gullón, *La Venus mutilada: La crítica literaria en la España actual*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

⁴ Véase Villanueva, Darío, *After Gutenberg Galaxy and the McLuhan Galaxy*, Filadelfia, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 2008.

la lectura del libro»⁵. Y esa «consumación» la cumplen todos los lectores, sea en tinta, sea en pantalla.

El proceso al que alude Calvino, placentero, incluso algo místico para muchos, debe considerarse en el siglo XXI, querámoslo o no, una opción; la lectura digital invita a la lectura del «hipertexto», es decir, permite también, por ejemplo, conjugar sonido e imagen, de manera que se potencia la percepción y se intensifica el resultado.

Se abre así otro tipo de experiencia, también sensorial, «sacando a la lectura de la linealidad a la que el texto impreso la tenía sujeta y la llevamos al contexto, donde somos capaces de abarcar un todo mucho mayor». Nace un «sexto sentido» en las nuevas generaciones (de ahí el título) que las enriquece y las caracteriza, que les permite vivir con más herramientas, ya adaptadas a su ADN, y emplearlas cuando les plazca como una opción más, porque también conservan las de toda la vida, las de los padres y abuelos: ojear un libro, manosearlo, comprarlo, etc. La riqueza personal se ensancha proporcionalmente con el saber, y éste con el interés, la actitud y las herramientas que permiten interiorizarlo.

Cito a modo de síntesis una de las últimas reflexiones del autor que recoge a la perfección su parecer y la razón de ser de esta obra, tendiendo lazos hacia los nuevos horizontes sin prescindir por ello de la sabiduría que alcanza la experiencia: «El aceptar la interactividad constituye, en mi opinión, el puente que venimos buscando para enlazar los conocimientos literarios de mi generación con la de los lectores jóvenes. Espero haber mostrado que no se trata de violentar el texto literario, sino simplemente de leerlo con las posibilidades exigidas por el presente, que desde luego modifican las premisas de estudio y lectura de la literatura».

Y leo en la portada de hoy de *La Vanguardia*: «E-books en español. Apple abre el baile»⁷.

ALBA GUIMERÀ GALIANA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

⁵ Ítalo Calvino, *Si esta noche de invierno un viajero*, traducción de Esther Benítez, Madrid, Siruela 2003, pp. 23-29.